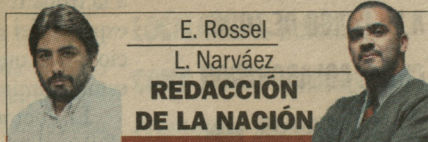


TEMA DE PORTADA

HICIERON LISTAS NEGRAS, PRESTARON VEHÍCULOS O SE MANCHARON CON SANGRE



E. Rossel
L. Narváez
**REDACCIÓN
DE LA NACIÓN**

LA VENDETTA

Al atardecer del 11 de septiembre de 1973, mientras en La Moneda aún humeaban los restos del bombardeo, un grupo de médicos con sus blancos de-lantales discutía y escribía en una oficina del Hospital San Juan de Dios. Una auxiliar los vio, pero no distinguió caras ni supo qué anotaban. Al advertir su presencia una mano presurosa cerró la puerta.

Lo más probable es que en esos momentos se sellara la suerte de ocho funcionarios del único establecimiento de salud del país que sufrió una dura y selectiva represión.

El golpe de Estado estaba en pleno desarrollo. Salvador Allende había muerto en La Moneda y un imponente toque de queda silenciaba los rincones de todo el país. Sólo vehículos militares, de Carabineros y de emergencia circulaban por las calles vacías.

LA ARISTA MÁS OCULTA DE LAS VIOLACIONES DE LOS DERECHOS HUMANOS EN CHILE:

el exacto rol que le cupo a civiles comunes y corrientes -no a los adscritos a los servicios de seguridad- en la cruenta represión que durante los primeros tiempos de la dictadura sufrieron los partidarios de la Unidad Popular.

En el hospital permanecían unos 200 empleados que llegaron a trabajar. Algunos se quedaron por propia voluntad. Otros, obligados por el bando militar. La jornada fue agotadora. Los pacientes colmaban camas y camillas. Los rumores, que invadían los pasillos, hablaban de masivas detenciones y de una cruenta batalla en la Universidad Técnica del Estado, hoy Usach. Aunque el recinto estudiantil estaba en el radio de acción del hospital, el director Carlos Salomón Rex prohibió a las ambulancias auxiliar ese lugar.

A pocas cuadras, en los prados de la Quinta Normal, estaba acantonado el Regimiento Yungay de San Felipe.

En la mañana del 13 de septiembre una patrulla militar llegó hasta el San Juan de Dios. Una llamada telefónica efectuada desde la oficina del director, Carlos Salomón, bastó para que acudiera personal castrense a realizar detenciones selectivas. El oficial, con una hoja de papel en mano, avanzó seguro por las dependencias del hospital. Conocía con precisión el lugar específico donde estaba la persona que debía detener.



Luis Augusto Schuster, subsecretario de Salud de Pinochet, reconoce que entregó nombres de hoy desaparecidos.

Ese día, sin mayor violencia, se llevaron a dos funcionarios. A la mañana siguiente corrieron igual suerte otros tres empleados. En las vísperas de Fiestas Patrias detuvieron tres trabajadores más. De los ocho detenidos sólo uno sobrevivió. Cinco más aparecieron días después muertos en las aguas del Mapocho y otro fue encontrado años después entre los restos del patio 29 y un séptimo continúa desaparecido

hasta hoy.

Esta es la arista más oculta de las violaciones a los derechos humanos en Chile: el exacto rol que le cupo a civiles comunes y corrientes -no a los adscritos en los servicios de seguridad- en la cruenta represión que durante los primeros tiempos de la dictadura sufrieron los partidarios de la Unidad Popular (UP).

Eran días de furia entre los opositores

TEMA DE PORTADA

LA VENDETTA

de la UP, muchos de los cuales dieron rienda suelta a sus ánimos de venganza ayudando a los militares en su tarea represiva. Se vivía, no lo olvidemos, todavía bajo la "amenaza marxista" y los ecos del que ahora sabemos inexistente Plan Z.

Se ignora el número exacto de civiles que, a lo largo de todo Chile, colaboraron o participaron, junto a uniformados, en acciones represivas. Seguramente, muchos de ellos poseen valiosa información del paradero de los detenidos desaparecidos, o de cómo se 'desvanecieron' los restos de más de un millar de chilenos.

Algunos de estos civiles sólo miraron hacia el lado, otros confeccionaron listas negras. Sólo sus conciencias tienen certeza si intuían o ignoraban el destino de sus acusados. También hubo quienes facilitaron vehículos, presenciaron arrestos, golpizas y ejecuciones. Otros, lisa y llanamente, se embadurnaron con sangre ajena... manchas indelebles a pesar del correr de los años.

EXONERACION PERPETUA

En el puente Bulnes fusilaron a cinco funcionarios detenidos en el San Juan de Dios: Raúl González Morán, Manuel Briceño Briceño, Jorge Cáceres Gatica, Manuel Ibáñez y el sacerdote Juan Alsina Bustos.

A la doctora Adriana Ducos, al estudiante de Medicina Pablo Aranda Schmieid y al

auxiliar José Bagus Valenzuela los llevaron al sitio eriazo, ubicado a la altura del 7.000 de San Pablo, donde habían levantado un recinto para interrogatorios

Hasta hoy la doctora Ducos ignora si fue por suerte, intervención divina, o por una mezcla de machismo y clasismo, que la misma patrulla que la detuvo la llevó de regreso a su hogar.

Ella, que no renunció a sus convicciones, no delató a sus compañeros y tampoco fue torturada, fue una de las últimas personas en ver con vida a Aranda y Bagus. Años después los restos del estudiante fueron encontrados en el patio 29 del Cementerio General. De Bagus, aún no se sabe nada.

Para la doctora Ducos, los sucesos del San Juan de Dios se explican por "una fuerte polarización del personal; la cercana presencia del Yungay y la colaboración de civiles".

La investigación judicial de los hechos develó una dura verdad: el doctor Salomón Rex delató a los funcionarios que los uniformados debían detener.

LND intentó conversar con el facultativo, pero no fue posible concertar una entrevista.

La instrucción a los militares está consignada en el proceso judicial aún abierto que lleva del ministro de fuera de la Corte de Apelaciones de Santiago, Daniel Calvo.

SE IGNORA EL NÚMERO EXACTO DE CIVILES QUE, A LO LARGO DE TODO CHILE, COLABORARON O PARTICIPARON, junto a uniformados, en acciones represivas. Seguramente, muchos de ellos poseen valiosa información del paradero de los detenidos desaparecidos, o de cómo se 'desvanecieron' los restos de más de un millar de chilenos.

En 1975, el entonces mayor de Ejército Donato López Almarza aseguró que "ante la solicitud del director del hospital, ordené a la tropa resguardar el recinto. A petición expresa del director, se desalojó a los funcionarios que entorpecían la labor de ese establecimiento."

El doctor Salomón Rex respondió por oficio que los funcionarios abandonan el establecimientos "sin previo aviso y por períodos indeterminados, alegando problemas de tipo laboral o político". Por lo que no podía precisar "las fechas en que dejaron de asistir".

Pero el nombre de un ex subsecretario del régimen de Pinochet también aparece: el doctor Luis Augusto Schuster. Un profesional que trabajaba en el establecimiento y que mantiene la reserva de su identidad explicó que "necesariamente algunos médicos, entre ellos el doctor Schuster, delataron a quienes consideraban peligrosos activistas de la Unidad Popular".

La fuente agrega que "los militares sabían quién era quién, alguien se los dijo". Todos los detenidos pertenecían al Comando de Defensa de la Salud del Pueblo. Instancia destinada a mantener los hospitales funcionando durante los paros convocados por el opositor Colegio Médico de la época.

Otro médico que trabajaba en ese momento en el hospital Félix Bulnes, de-

Abre los Ojos, Escucha Bío-Bío

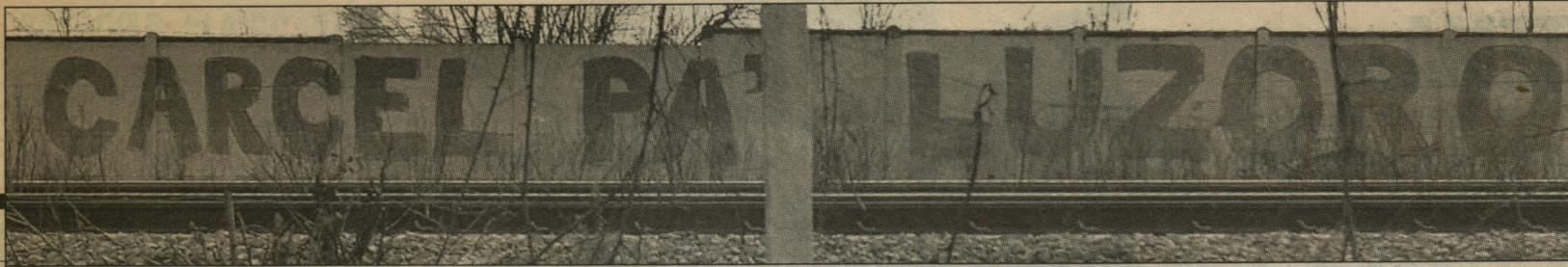
Infórmate de verdad, no te dejes engañar.

Sintoniza diariamente la radio más independiente del país.

La mejor música, entretenimiento y noticias al instante tratadas desde un punto de vista objetivo, honesto y veraz.

99.7 FM
en Santiago





pendiente del San Juan de Dios, el doctor Guido Girardi Briere, padre del diputado del mismo nombre, recuerda que él también fue detenido en esos días y logró salir libre por intervención de la embajada francesa, ya que tenía doble nacionalidad. Tiempo después, supo que su delator había sido el doctor Guillermo García Nuño, que era subjefe de Pediatría. "El fue quien coordinó las denuncias y organizó la operación", dijo a LND.

PEDIATRA

Del grupo, fue el doctor Luis Augusto Schuster (76 años) quien alcanzó después mayor notoriedad en el régimen militar. Pediatra del Hospital Militar y docente de la Universidad de Los Andes, fue subsecretario de Salud desde 1978 hasta 1990. Es amigo del general (R) Augusto Pinochet y médico de los nietos del ex dictador.

Aunque era jefe de pediatría del HSJD, después del golpe se presentó al Hospital Militar para colaborar con posibles heridos de supuestos enfrentamientos.

En principio Schuster negó tajante a LND ser un delator. Con elocuencia justificó el derrocamiento de Allende y las detenciones del San Juan de Dios. Finalmente reconoció que entregó algunos nombres

"Día a día se sentía un progresivo deterioro económico, restricciones al sistema de salud y había un ambiente de polarización y de desencuentro", asevera el pediatra y añade que los partidarios de la UP "cumplían labores de activistas y no de su profesión". Schuster supo que "ilegó un interventor de la Fach", pero afirma que ignoró si se detuvo a alguien, "no era mi función" y niega haber participado en algún sumario administrativo

- Existe un documento que prueba que usted declaró en un sumario que, en octubre del 73, realizó la Universidad de Chile contra funcionarios del San Juan de Dios...

- ¿Y qué declaró?, ¿que eran partidarios de la UP? Pero si eso no era ningún secreto.

El sumario concluyó con múltiples exonerados y con la prohibición para ellos de ejercer la medicina en ningún centro del Servicio Nacional de Salud.

Un considerando de la resolución final destaca que para adoptar tales medidas se tuvo a la vista un documento del doctor Schuster con recomendaciones del tratamiento que se debía dar a los activistas de la UP que trabajaban en salud.

Schuster distinguía tres grupos: los "recuperables", adherentes por conveniencia más que convicción; "los peligrosos", activistas militantes; y "los irrecuperables". Para los primeros recomendaba una sanción; para los segundos: exoneración y cárcel; y para los últimos, relegación o exilio.

"En ningún caso fusilamientos o torturas. Eso no va con mi espíritu", afirma y luego intenta una explicación: "Queríamos que el país se normalizara, terminar con la lucha de clases, había que evitar que los activistas siguieran envenenando a la gente".

TRAS EL GOLPE MILITAR, EN OTRAS PEQUEÑAS LOCALIDADES RURALES, COMO SANTA BÁRBARA, COIHUECO, MULCHÉN, Quilaco (VIII Región) y Chihúo y Liqueñe (X) algunos particulares se contentaron con delatar a los ex partidarios de la UP y/o de la reforma agraria. Otros, con acusaciones falsas, saldaron añejas rivalidades.

- ¿Está consciente que se basaron en su documento para detener personas?

- A un documento tú le das una orientación de acuerdo a tu mentalidad. Mi concepto era sacar a los activistas, pero no fusilarlos. Probablemente, dije quién era quién, pero eso no era ningún misterio.

- ¿Siente culpa?

- No me arrepiento en absoluto del golpe militar. La angustia que viví en ese tiempo no se ha borrado. Siento que haya muerto gente, pero ellos no eran unos angelitos. Ahora somos nosotros los criminales, y nadie se acuerda de lo que pasó antes. Por qué no asumimos que todos nos equivocamos, perdonemos y empecemos de nuevo.

EL CASO DE PAINE

La participación de civiles como delatores o represores no se limitó a los centros hospitalarios. En los pueblos y localidades rurales, muchos patronos y poderosos tuvieron su propia vendetta con las vidas de modestos campesinos e incluso de viejos amigos.

"Con el revólver en la mano el capitán a cargo de la comisaría y me dijo que debía presentarme en Carabineros. Allí estaba el malagradecido de mi compadre, Francisco Luzoro. Era el que mandaba. Me pusieron contra la pared por haber ayudado a la señora de (Andrés) Pereira (padre de la abogada Pamela Pereira), cuando los allanaron y a

LUIS HIDALGO



Alejandro Bustos muestra el lugar exacto donde fueron acibillados cinco campesinos. El sobrevivió de milagro.

él lo detuvieron".

El relato es de Guillermo Reyes, alcalde de Paine entre 1953 y 1959 y opositor a la Unidad Popular: "Allende era un buen hombre, rodeado de una camarilla de sinvergüenzas. Hizo un pésimo gobierno". Pero su crítica opinión no lo liberó de la represión que remeció a la pequeña localidad ubicada al sur de la Región Metropolitana. "Estuve largo rato parado. En un momento de descuido un sargento me echó pa' la casa... sino es por él, seguro me matan".

El ex jefe comunal asegura que los civiles se tomaron el cuartel. "Al principio, cuando el capitán pidió vehículos de apoyo, andaban dos carabineros y un particular... después eran dos civiles y un carabinero; al final, pueros particulares".

Guillermo Reyes, de 76 años, padrino de un hijo de Luzoro, no se explica el actuar de una veintena de sus vecinos y antiguos amigos que hace tres décadas experimentaron la intensa sensación de disponer de la vida o la muerte de un semejante.

"No lo entiendo... a lo mejor los mareó el poder que tenía en esos momentos, quizás actuaron por despecho o venganza... no lo sé. No encuentro una explicación, sólo sé que se metieron donde no debían y que tomaron represalias con quienes no correspondía", reflexiona Reyes.

Aunque el caso de Paine es emblemático -de acuerdo al número de habitantes, es la zona con mayor cantidad de víctimas registradas-, no es el único lugar donde civiles se dejaron llevar por el clima de odio y encono que se apoderó del país en aquellos años y que dividió familias, rivalizó a vecinos y concluyó -quizás para siempre- con antiguas amistades.

Tras el golpe militar, en otras pequeñas localidades rurales, como Santa Bárbara, Coihueco, Mulchén, Quilaco (VIII Región) y Chihúo y Liqueñe (X) algunos particulares se contentaron con delatar a los ex partidarios de la UP y/o de la reforma agraria. Otros, con acusaciones falsas, saldaron añejas rivalidades. Pero hubo algunos que vistieron por propia voluntad la capucha del verdugo. Y se sumaron a las humillaciones, maltratos y ejecuciones de los coterráneos sospechosos de haber estado en la trinchera opuesta.

Por esos casos, las estadísticas de organismos de derechos humanos registran 20 civiles que están siendo procesados por la desaparición o muerte de una veintena de campesinos.

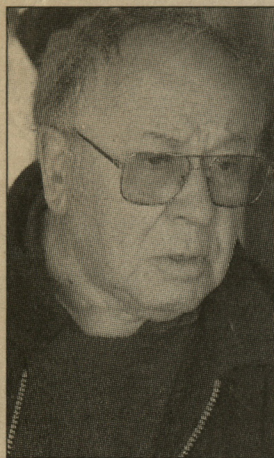
A ellos se suma un número similar de particulares de Paine que han debido concurrir hasta la Corte de Apelaciones de San Miguel. La ministra María Estela Elgarrista los conmina a declarar todo lo que saben o recuerdan de las circunstancias en que desaparecieron o fueron ejecutados 70 campesinos, según las cifras oficiales, o más de cien, según los habitantes del lugar.

PURA ENVIDIA

En los pueblos pequeños, a diario conviven los familiares de las víctimas y victimarios. El paso de los años no ha hecho

TEMA DE PORTADA

LA VENDETTA



El ex alcalde Guillermo Reyes: "Los civiles mandaban a los carabineros".



Sonia Carreño aún espera que Luzoro le diga qué ocurrió con su marido.



Bustos: "¡Arriba las manos! nos gritaron y nos balearon".

más que ensanchar la brecha. Así se percibe en Paine, pequeño 'oasis' urbano a sólo 45 km. de Santiago.

"¡Váyanse, por favor! ¡No saquen fotos a recintos privados!". Correcto, pero firme, un hombre joven nos conmina a abandonar el frontis de la empresa Transporte Luzoro. Es un hijo de Francisco Luzoro el que nos echa. El ahijado del ex alcalde Reyes.

.-Deseo conversar con su padre.

.- No está y no se le ubica en ninguna parte... ¿No sabe qué en febrero tuvo un infarto? El ya tiene 68 años ¿quieren matarlo?

.- Escribo sobre lo que ocurrió aquí hace 30 años...

.- Todo es mentira, la gente inventa cosas de pura envidia. Si fuera cierto lo que dicen ¿cree que nos habríamos quedado aquí, todos estos años?

.-¿Qué edad tenía para el '73?

.- Siete años...

.-¿Y cómo puede estar seguro de la inocencia de su padre?

.-Porque lo conozco. No sería capaz de algo así... mi padre duerme tranquilo toda las noches. No tiene nada que ocultar.

.-Testigos lo vieron en acciones represivas...

.-¡Mienten! Todos ellos mienten de pura envidia. Vaya a ver el juicio que se sigue en Santiago. En los escritos queda claro que sus acusadores son unos mentirosos. (El caso Paine aún está bajo el secreto del sumario).

En las calles del pueblo, varios muros exhiben rayados que exigen cárcel o castigo para Luzoro. Una reivindicación anhelada por los familiares de las víctimas, tras conocer los testimonios que aseguran que el antiguo líder de los camioneros de Paine dirigió la represión en la localidad.

"Con Luzoro fuimos amigos hasta el '72", recuerda Sonia Carreño, esposa de René Maureira. Según el Ejército, sus restos fueron arrojados en las costas de Pichilemu. Su casa colinda con la casona que el transportista abandonó después de varias 'funas'.

La primera surgió espontánea en la madrugada del 6 de octubre de 1988. "La gente gritaba: 'El pueblo los vio / Luzoro los mató'. Se armó la media cuática, llegó hasta una ambulancia porque le dio un infarto", cuenta una comerciante de Paine que reserva su nombre para "no perder clientela".

Sonia Carreño recuerda que eran amigos, pero todo cambió con el paro de los camioneros en octubre del 72. "La casona de Luzoro era el centro de reuniones. Varias veces vino (Sergio Onofre) Jarpa (entonces líder de la oposición a la UP)", aseveran en Paine.

"AVISE QUE ESTAMOS MUERTOS"

Durante el golpe militar, el Ejército copó las grandes ciudades. Los pueblos quedaron a cargo de Carabineros. Las localidades, al mando de oficiales de rango menor, algunos de ellos susceptibles a las órdenes o 'consejos' de civiles poderosos. En Paine, el capitán Nelson Bravo pidió ayuda a la



El hijo de Francisco Luzoro (izquierda) defiende con vehemencia a su padre.

EN LAS CALLES DE PAINE ACUSADORES Y ACUSADOS SE CRUZAN A DIARIO. Los primeros les buscan los ojos y les espetan: "¡Asesino!". Los segundos bajan la vista, cruzan la calle y se llevan el índice a la sien. Así, continúa abierta una herida en el alma del país y no cicatrizará mientras quienes pueden terminar la incertidumbre sigan atrincherados en el silencio. Tal vez aún crean que de tanto negarlos podrán olvidar los recuerdos.

comunidad. Necesitaba vehículos para traer al personal y sus familias desde los retenes cordilleranos. Entre 60 y 80 civiles, quizás los con más miedo y/o rencor acumulado, se ofrecieron. El día 11 cumplieron esa primera misión. Luego comenzaron los operativos de verdad. En 1990 la revista Solidaridad publicó el testimonio que un arrepentido de Paine entregó a la Vicaría. "Vi matar a dos campesinos a sangre fría y detener a muchos más", confesó.

Rápidamente la subcomisaría de Paine se repletó de campesinos detenidos. Alejandro Bustos, "El Colorín", fue uno de ellos. Pocos días antes se había agarrado a combos con militantes de derecha. "Nos dieron una tremenda pateadura y el zapatero (Diógenes Carvajal) con sus herramientas nos rapó al cero. Después nos largaron en calzoncillos". Una calle del pueblo recuerda al zapatero.

Bustos narra que no trabajó varios días "de puro adolorido". El 17 de septiembre las 'nuevas autoridades' lo volvieron a llamar. "Luzoro estaba ahí. Ordenó que me revisaran y me dijo 'cuenta todo, ya dijeron que vo' llevé la batuta'. Me preguntaban por armas. Claudio Oregón me dio con un 'tonto de goma'. Me pusieron corriente y me noquearon de un culatazo. Desperté en la noche por el olor a asado. Me arrojaban huesos y vino. Estaban los Carrasco, los Tagle, Aguilera, el Pato Meza, Cristián Kast, Larraín Suazo... eran como 15 civiles y 18 carabineros".

Luego lo arrojaron a un calabozo junto a cuatro detenidos (Carlos Chávez, Luis Ramírez, Orlando Pereira y Raúl Lazo). Pocas horas habían transcurrido del 18 de septiembre cuando los subieron a un furgón y en caravana, carabineros y civiles, enfilaron rumbo a la laguna de Aculeo. Los detenidos intuyeron que los iban a matar. Comenzaron a orar. "El finao Chávez tuvo una revelación y me dijo 'Usted se va a salvar. Avise que estamos muertos', rememora Bustos conmovido.

Los repentinos verdugos escogieron un paraje solitario. Los focos de los autos iluminaron el cerro. Los pararon en fila. "¡Levanten la manos!", ordenaron. Luego dispararon. "Cinco huevones menos", gritó uno. A Bustos una bala le atravesó el brazo... cayó casi inerte al suelo. Encima, un compañero. Su sangre le cubrió la cabeza. "A este le partimos el mate", exclamó él que revisó los

resultados de la macabra tarea. Los demás recibieron tiros de gracia. A pesar de hacerse el muerto y de estar muy golpeado Bustos afirma que fue el propio "Luzoro, Carrasco y un carabinero" los que, de pies y manos, lo arrojaron al río Panamá. "Era de noche, pero la luna estaba clarita".

Cayó entre una zarzamoras. El cuerpo moribundo de Orlando Pereira lo arrastró al agua. Le pedía que lo salvara. Su brazo inutilizado se lo impedía. A punto de ahogarse, la corriente los arrastró a un banco de arena. Pereira cesó de luchar. Bustos le cerró los ojos y se arrastró por los campos. El calor de un par de bueyes, la valentía de dos niños y el agradecimiento de dos 'torrantes' lo salvaron. La protección de un comandante de la Fach, que le tomó respeto y cariño por su historia, le permitieron seguir viviendo. "Dos veces más intentaron matarme", afirma al volver la vista atrás.

Pero no sólo campesinos sufrieron en Paine la venganza de los civiles. El director de la Escuela de Chada, Cristián Cartagena, fue sacado de su hogar por carabineros y civiles encapuchados. Su esposa, la profesora Holanda Vidal, asegura que el comerciante Darío González participó en el secuestro. "Lo reconocí por los ojos y la estampa".

En su local de Paine, actualmente González se ampara en "el secreto del sumario" para no dar entrevistas. "No puedo, la jueza me prohíbe hablar". Hace dos años, aseguró a **La Nación** ser inocente. "Sólo trasladé policías nada más. Nunca usé capucha, armas ni conocí a Cartagena". Aseguró que fueron los militares quienes se llevaron a los hoy detenidos desaparecidos. "Aquí había tres escuelas de guerrillas", justifica.

En la represión también participó un contingente de 50 conscriptos de la Escuela de Infantería de San Bernardo a cargo del entonces teniente Andrés Magaña. En mayo pasado, la jueza Elgarrista sometió a proceso a Magaña por homicidio calificado y secuestro agravado.

Francisco Luzoro también se declara inocente. En 1990 a la periodista Graciela Ortega le juró "por mi madre que acaba de morir que jamás he hecho algo así. Quién soy yo para ordenar una ejecución. Yo era amigo de René Maureira y Andrés Pereira. ¡Cómo iba a delatarlos!".

Sonia Carreño, la mujer de Maureira, no le cree. "Hace varios años entró a mi local y lo hice pasar al living. ¿Qué pasó con René? Le pregunté. Tú tenías la voz de mando. No tuvo compasión y negó todo otra vez".

En las calles de Paine acusadores y acusados se cruzan a diario. Los primeros les buscan los ojos y les espetan: "¡Asesino!". Los segundos bajan la vista, cruzan la calle y se llevan el índice a la sien. Así, continúa abierta una herida en el alma del país y no cicatrizará mientras quienes pueden terminar la incertidumbre sigan atrincherados en el silencio. Tal vez aún crean que de tanto negarlos podrán olvidar los recuerdos.